

“Cuando nos tomamos en serio el cambio cultural, nos tomamos en serio las instituciones”, sostiene el autor de este editorial de Christianity Today.



(CT/**Andy Crouch**, 11/07/2013) Vivimos en una era de profunda desconfianza de las instituciones. El pastor y artista Rob Bell habló por muchos de sus compañeros cuando preguntó a los pastores de la Escuela de Divinidades Duke, en 2010: “¿Te sientes alguna vez como que te has apuntado a una revolución [cuando entraste al Ministerio cristiano] pero terminaste dirigiendo una corporación?”. Menos de un año después, Bell dejó su cargo pastoral por un nuevo llamamiento menos institucional en Los Ángeles.

La pregunta de Bell encierra una profunda frustración con la iglesia institucional y con el liderazgo institucional.

Sin embargo, **una institución no tiene por qué ser una burocracia calcificada que chupa lentamente el alma de sus miembros**. Parte de la razón por la que nos mostramos cínicos hacia las instituciones se debe a que tenemos una visión limitada de lo que las instituciones son y de cómo funcionan.

La organización burocrática moderna es relativamente nueva. Históricamente, las instituciones

son cosas mucho más variadas y valiosas.

En un sentido amplio, una institución es **un patrón cultural** de reglas y roles, instrumentos, espacios para la creatividad y la acción humanas, que pasa de una generación a la siguiente.

Para que **un cambio cultural** crezca y persista, éste **debe ser institucionalizado**, lo que significa que debe formar parte de la fábrica de vida humana a través de un conjunto de patrones que puedan aprenderse y repetirse. Debe poder ser transmitido más allá de la generación fundadora, a las generaciones que aún no han nacido.

Esa es una de las razones por las que el pueblo de Dios, en la Biblia hebrea es con frecuencia citado como “los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob”. Del mismo modo que sucede con la intervención divina en la historia, un verdadero cambio cultural lleva varias generaciones para que sea completamente asimilado y expresado.

De hecho, las mejores instituciones extienden *Shalom* –esa rica expresión hebrea que yo parafraseo como “florecimiento integral”- a través del espacio y del tiempo.

COMO EL BASEBALL

